

## 11. El Santuario

Puesto que un malentendido de la cuestión del santuario condujo a la desilusión de 1844, parece apropiado dedicar un capítulo a la consideración de este tema tan importante.

Tres santuarios, o templos, se presentan en la Biblia. El primero es el santuario celestial, donde Dios reina sobre Su trono, rodeado de miríadas de ángeles. Este templo fue abierto a la mirada asombrada del solitario vidente en la Isla de Patmos, y también a Moisés en el Monte Sinaí. El segundo santuario, o terrenal, era un modelo en miniatura del celestial, en el cual el sacerdote servía como ejemplo y sombra del servicio en el templo celestial. Durante más de mil cuatrocientos años, Dios dispuso que el servicio se realizara en el santuario de sombras. Llegó el momento en que aquellos que seguían la sombra alcanzaron la sustancia.

Dos días antes de la crucifixión, Cristo abandonó lenta y apesadumbradamente el templo por última vez. Los sacerdotes y gobernantes se llenaron de terror al oír Sus palabras lastimeras: «He aquí, vuestra casa os es dejada desierta». La hermosa estructura permaneció hasta el año 70 d.C., pero había dejado de ser el templo de Dios. El Padre mostró con una señal inconfundible que la gloria se había marchado.

Cuando las palabras «Consumado es» fueron pronunciadas por el Sufriente en la cruz, el velo del templo se rasgó de arriba abajo por manos invisibles. El terror y la confusión prevalecieron. El cuchillo levantado para sacrificar cayó de la mano inerte del sacerdote, y el cordero escapó.

De aquí en adelante, el pecador ya no necesitaba esperar a un sacerdote para que ofreciera su sacrificio. El gran Sacrificio había sido hecho. Todo hijo de Adán podía aceptar Su sangre expiatoria. El camino hacia el templo celestial se hizo ahora manifiesto. El santuario celestial había tomado el lugar del terrenal. A

partir de entonces, la fe del hombre debía entrar dentro del velo, donde Cristo oficiaba.

El tercer templo que se presenta en la Biblia es el templo del cuerpo humano. Los judíos habían perdido de vista el hecho de que sus cuerpos debían ser templos del Espíritu de Dios; y cuando el Salvador dijo: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré», ellos pensaron solo en la masiva estructura de mármol y piedra, y replicaron que había tardado cuarenta y seis años en construirse el templo, sin percibir que «Él hablaba del templo de Su cuerpo».

Gloriosos rayos de luz brillan desde el santuario celestial sobre aquellos que estudian la obra típica en el santuario terrenal. Estos rayos, cuando se congregan en el templo del cuerpo, reflejan el carácter de nuestro gran Sumo Sacerdote en los atrios celestiales.

En el principio, el cuerpo del hombre fue creado para ser morada del Espíritu Santo; pero Satanás tomó posesión, y el hombre participó de una naturaleza maligna. Antes de que el cuerpo pueda volver a ser un templo para el Espíritu de Dios, la naturaleza maligna debe morir. Cristo ofreció Su vida por el pecador; antes de la fundación del mundo fue contado como un «Cordero inmolado».

Para que el hombre en su condición caída pudiera comprender este don y entender la obra de redención, al pecador que anhelaba crucificar al «viejo hombre», la naturaleza maligna, se le indicó que trajera un animal inocente y le quitara la vida, como una lección objetiva del Cordero de Dios, y también para ilustrar el hecho de que la naturaleza maligna del pecador debe morir para que el Espíritu Santo pueda morar en él.

Ante las puertas del jardín del Edén, Adán y su familia presentaron sus ofrendas. Sus mentes claras comprendieron por fe la promesa del Redentor, quien les abriría de nuevo las alegrías del jardín. Adán miró por fe hacia el tiempo en que el Salvador lo llevaría una vez más al Árbol de la Vida, y le invitaría a arrancar y comer de su fruto vivificante. Mientras tomaba la vida del cordero inocente, y veía por fe al *único Hombre sin pecado* sufriendo la muerte por él, su

corazón se derramó en amor y gratitud a Dios por Su maravilloso amor, y por un tiempo olvidó la terrible pena que pesaba sobre su alma. Cada hoja que caía, mientras enseñaba la muerte de Cristo, era también un constante recordatorio para él de que el pecado había traído la muerte a la tierra hasta entonces perfecta.

Mientras los hombres vivían cerca de Dios, los altares eran encendidos por fuego del cielo. Pero esta adoración perfecta fue estropeada. La mente de Caín se cegó tanto por el pecado que no logró comprender el sacrificio infinito. Satanás lo convenció de que Dios era un juez austero, que exigía servicio. El amor y el sacrificio del Salvador fueron pasados por alto. Caín y Abel trajeron cada uno una ofrenda a la puerta del jardín; pero los deseos de los dos corazones eran muy diferentes. Abel trajo un cordero, y al quitarle la vida, su fe se asió del Cordero de Dios. El cordero fue puesto sobre el altar, y el fuego destelló de la espada brillante de los querubines que guardaban el camino al Árbol de la Vida, y el sacrificio fue consumido. Caín trajo una ofrenda de frutos. No había nada en su ofrenda que tipificara al Cordero moribundo del Calvario. Ninguna vida inocente fue tomada a cambio de su vida perdida. Esperó a que el fuego la consumiera, pero no había nada que provocara el fuego del Vigilante celestial. No había un dulce amor, ningún anhelo de liberación del cautiverio del pecado y la muerte.

Caín y Abel son tipos de todos los adoradores desde aquel tiempo hasta el presente. Los seguidores de Caín multiplicaron las ceremonias y ofrecieron ofrendas al sol y a varios otros objetos. En ello pasaron por alto el principio importantísimo de que el yo debe morir y que Cristo debe vivir en el templo del cuerpo humano.

Antiguamente, cada familia erigía sus propios altares. El padre era sacerdote del hogar, y le sucedía el hijo mayor. A veces, el pecado separaba al mayor de la familia, y el carácter, en lugar de la edad, decidía quién debía actuar como sacerdote.

Jacob conocía el carácter del único gran Sumo Sacerdote; y mientras yacía con la cabeza sobre la piedra en Betel, y observaba a los ángeles ascendiendo y

descendiendo por aquella gloriosa escalera, también vio al Señor sobre ella. Contempló Sus gloriosas vestiduras, y a imitación de esas vestiduras le hizo a José una «túnica de muchos colores». Los otros hijos de Jacob no podían comprender estas hermosas verdades. Incluso la túnica era objeto de odio para ellos. Cuando los hermanos vendieron a José, mojaron la túnica en sangre, y su belleza quedó desfigurada. El futuro reveló que Jacob había interpretado correctamente el carácter de José, pues en medio de la oscuridad egipcia él reflejó la luz del cielo. Era un templo para la morada del Espíritu de Dios.

Cuando Israel salió de Egipto, sus mentes estaban tan nubladas por el pecado que ya no veían al Salvador prometido en las sencillas ofrendas. Entonces Dios dijo: «Que me hagan un santuario, para que yo habite entre ellos». Moisés pasó seis días en la ladera de la montaña en profunda búsqueda de corazón; luego la densa nube de gloria que cubría el Monte Sinaí irrumpió como fuego devorador ante los ojos de todo Israel, y Moisés fue introducido a la presencia de la Deidad. Ante su mirada asombrada se extendieron las bellezas del santuario celestial. Cuarenta días el Señor conversó con él, dándole instrucciones minuciosas sobre la construcción de una sombra de aquella estructura celestial en la tierra. En medio de la idolatría de Egipto, Israel había perdido la verdad espiritual de que el cuerpo es la morada del Espíritu Santo. Tampoco podían formarse ninguna concepción de la obra hecha en el cielo por el hombre pecador.

Para alcanzar al hombre en su condición caída, Dios dirigió la construcción del tabernáculo terrenal, para que la humanidad pudiera familiarizarse con la naturaleza de la obra en el santuario celestial. En este edificio, hombres divinamente designados debían realizar a la vista del pueblo una sombra de la obra que sería hecha en el santuario celestial por el Salvador de la humanidad, cuando Él oficiara como nuestro Sumo Sacerdote.

Toda la economía judía era una profecía compacta del evangelio. Cada acto del sacerdote en el servicio de sombras, al entrar y salir, era una profecía de la obra del Salvador cuando Él entró en el cielo como nuestro Sumo Sacerdote. «*Era el evangelio en figuras*», la lección objetiva del Señor o jardín de infancia

para los «*niños*» de Israel. Se habían convertido en niños en entendimiento, y para alcanzarlos, Dios enseñó el evangelio de una manera que los sentidos pudieran captar.

Finalmente, el hombre se depravó tanto que no logró ver la luz que destellaba de las leyes levíticas y las ofrendas sacrificiales, y cuando llegó el Antitipo de todas sus ofrendas, lo rechazaron.

Volvamos en imaginación al tabernáculo del desierto, y veamos si podemos discernir el glorioso evangelio de Cristo brillando desde la economía judía. Un hombre entra al atrio exterior con un cordero, el cual trae a la puerta del tabernáculo. Con solemne reverencia y los ojos alzados al cielo, pone su mano sobre su cabeza, mientras sus labios movientes, como los de Ana de antaño, delatan la carga de su corazón. Luego levanta el cuchillo y quita la vida al sacrificio. Su fe se aferra al Cordero sangrante del Calvario, y su pecado se desprende de su corazón cargado hacia el gran Sacrificio. La sangre es cuidadosamente recogida; cada gota es preciosa, pues por fe él contempla el verdadero sacrificio. El sacerdote lo encuentra, toma la sangre de la vida sacrificada y pasa de la vista dentro del primer velo, mientras el adorador espera con ansiedad su regreso.

En su niñez su padre le había hablado del «arca del pacto cubierta de oro, en la cual estaba la urna de oro que contenía el maná, y la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían con su sombra el propiciatorio»; que a veces la brillante gloria de la Shekiná sobre el propiciatorio se manifestaba y llenaba el santuario.

Le habían hablado de aquella mesa mística, con sus doce panes cubiertos de incienso; también del hermoso candelero, cuyas siete lámparas estaban siempre encendidas; cómo las paredes chapadas en oro a cada lado reflejaban la luz, y como grandes espejos reproducían una y otra vez los brillantes matices de las ricas cortinas bordadas con sus ángeles resplandecientes. Ante el segundo velo,

que ocultaba el arca, se imaginaba el altar, del cual el fragante incienso ascendía constantemente.

Por fe ve al sacerdote colocar la sangre del sacrificio expiatorio sobre los cuernos del altar. Su fe mira más allá del servicio de sombras hacia el tiempo en que Cristo rogará Su sangre en el santuario celestial. Es el evangelio de un Salvador crucificado y resucitado lo que él contempla en la lección objetiva que él mismo está ayudando a llevar a cabo.

Pronto se levanta el velo y el sacerdote regresa. La ofrenda ha sido aceptada. El sacerdote ha hecho expiación por él, y él es perdonado. En la alegría y libertad del perdón, ora: *«¡Oh, que la influencia de todos mis pecados sea borrada para siempre!»* cuando ve al sacerdote ir al altar de bronce en el atrio, y «derramar toda la sangre al pie del altar». Al ver esa sangre, preciosa para él, porque representa su propia vida rescatada así como la vida sacrificada del Salvador, derramada sobre la tierra, su corazón salta de gozo. Comprende el hecho de que el decreto «Maldita sea la tierra por tu causa» se cumple en Cristo, y que el Salvador prometido finalmente limpiará la tierra de todos los efectos de sus pecados.

El cuerpo del cordero todavía yace cerca de la puerta del santuario, donde se le quitó la vida. Luego se vuelve hacia él, y con un cuchillo afilado separa de la carne cada partícula de grasa — «toda la grasa que cubre los intestinos», etc. «Se quitará toda la grasa, y el sacerdote la quemará sobre el altar del holocausto como ofrenda encendida de olor grato para Jehová». La grasa se quema como un tipo de la destrucción final, cuando «perecerán los impíos, y los enemigos de Jehová como la grosura de los carneros serán; se disiparán, como el humo se disiparán». (Salmos 37:20). Todo pecador que se aferre al pecado será destruido con el pecado. Dios ha provisto para que cada uno se separe del pecado, para que Él pueda destruir el pecado y salvar al pecador. La grasa quemada sobre el altar subió como olor grato delante de Dios, porque representaba el pecado que había sido separado del pecador y destruido, mientras el pecador vivía una nueva vida por medio de Cristo.

El pecador separó la grasa del sacrificio; el sacerdote la recibió y la quemó, ilustrando la verdad de que debemos cooperar con el Señor; y por medio de Cristo que nos fortalece, podemos hacer todas las cosas.

Mientras el hombre buscaba cuidadosamente la grasa, se dio cuenta más plenamente que antes de que su cuerpo debía ser un templo del Espíritu Santo, y que cuando su pecado pasado es perdonado y él es aceptado, es para que pueda convertirse en una morada para el Espíritu de Dios. Cuando ese Espíritu entra en un hombre, él, como un cuchillo afilado, revela un pecado tras otro, y los separa del pecador hasta que el templo del alma es limpiado. Su fe se aferra a la promesa del *Uno* que mora en los corazones de Su pueblo por fe. Al salir del atrio del templo de sombras, se da cuenta de que él es un templo, no «vacío, barrido y adornado», listo para ser nuevamente ocupado por el poder del mal, sino un templo en el que el Espíritu de Dios gobierna y reina.

Otro hombre trae una ofrenda; y mientras el sacerdote toma la sangre, en lugar de entrar dentro del velo, la derrama al pie del altar del holocausto. Luego una porción de la carne, que representa el pecado, es preparada y comida por el sacerdote en el lugar santo. En este acto el sacerdote enseñó a los hijos de Israel la maravillosa verdad de que Cristo llevó nuestros pecados en su propio cuerpo en el madero.

Cada ofrenda separada presentaba alguna fase diferente de la obra de Cristo. El incienso que ascendía constantemente del altar era una lección objetiva del fondo inagotable de obediencia perfecta que se acumulaba de la vida sin pecado de nuestro Salvador, lo cual, añadido a las oraciones de todos los santos cuando son ofrecidas sobre el altar de oro en el cielo, las hace aceptables delante de Dios. El perfume del incienso llenaba el aire mucho más allá del atrio del templo. Asimismo, la dulce influencia de los cristianos que viven una vida de fe en Dios es sentida por todos los que entran en contacto con ellos.

El fuego era reabastecido mañana y tarde, representando el culto matutino y vespertino en la familia. «Toda la multitud del pueblo estaba orando fuera a la

hora del incienso». Las lámparas eran un tipo de las siete lámparas de fuego ante el trono de Dios en el cielo, que son los siete Espíritus de Dios. Estas «son los ojos de Jehová que recorren toda la tierra». Siete denota el Espíritu completo de Dios que ilumina a todo hombre que viene al mundo. Sus rayos vivificantes guían al cristiano a la ciudad celestial.

La mesa de oro contenía el «pan de Su presencia», que representaba la dependencia del hombre de Dios para ayuda y fortaleza tanto temporal como espiritual.

El arca era el centro de toda adoración; fue el primer artículo mencionado al describir el santuario. La ley escondida en ella era el gran estándar de juicio, y una copia perfecta de esa ley celestial ante la cual el carácter de cada hijo de Adán será juzgado en el tribunal de lo alto. Si esa ley da testimonio de un carácter limpio de pecado por la sangre del sacrificio expiatorio, entonces el nombre será confesado ante el Padre y los santos ángeles.

El continuo quemar de aquello que tipificaba el pecado señalaba el tiempo en que el pecado y los pecadores serían consumidos en el fuego del último día. A medida que las cenizas se acumulaban sobre el altar del holocausto, eran cuidadosamente recogidas a un lado del altar; y en cierto momento el sacerdote se despojaba de sus vestiduras sacerdotales, llevaba las cenizas fuera del atrio y las depositaba en un «lugar limpio». No eran arrojadas descuidadamente a un lado, sino puestas en un lugar limpio. Estas cenizas representaban todo lo que quedará del pecado y de los pecadores después de los fuegos del último día. «Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno; y todos los soberbios, y todos los que hacen maldad, serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Y hollaréis a los impíos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies en el día en que yo haga esto, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Malaquías 4:1-3). En aquel día las cenizas reales de los impíos quedarán sobre una «tierra limpia».

Mientras el padre judío caminaba hacia el santuario con su hijo, la mente del niño se sentiría atraída por las cenizas en el lugar limpio. Preguntaría: «¿Por qué se ponen esas cenizas en un lugar limpio, cuando las cenizas de nuestro fuego las arrojas al muladar?». La respuesta del padre explicaría las bellezas de la nueva tierra, cuando sea hecha como el Edén, y el pecado y el dolor sean quitados para siempre. Con ello vendría la suave amonestación a separarse del pecado y a mantener puro el templo del cuerpo, para que en el gran día de la consumación el pecado sea consumido sin el pecador, y él esté entre los redimidos del Señor.

Gran parte del servicio y muchas de las costumbres del antiguo Israel estaban diseñadas para suscitar preguntas en los niños, a fin de que los padres con mentalidad espiritual pudieran instruirlos en los caminos de Dios.

Después de hablar de la manera peculiar en que debía comerse la Pascua, Dios añade: «Y cuando vuestros hijos os pregunten: ¿Qué significa este rito?» (Éxodo 12:26), mostrando que Él pretendía que suscitara preguntas en niños de todas las edades, y así los niños se familiarizaran con la sangre salvadora del gran Cordero Pascual.

La vista del montón de piedras junto al Jordán debía despertar preguntas en la mente de los niños de futuras generaciones, lo cual, si se respondía correctamente, los familiarizaría con el poderoso poder de Dios. Lo mismo ocurría con todo el servicio judío.

El leproso que buscaba la purificación debía traer dos aves vivas y limpias, y madera de cedro, escarlata e hisopo. El sacerdote ordenaba que una de las aves fuera muerta en una vasija de barro, sobre agua corriente. El ave viva, la madera de cedro, la escarlata y el hisopo eran todos mojados en la sangre, y el leproso era rociado con la sangre; luego el ave viva era soltada en campo abierto. Volaba por el aire, llevando en sus plumas la sangre, la cual era un tipo de la sangre de Cristo que purificará el aire y removerá de él todos los gérmenes de pecado y muerte. Ahora la muerte entra por nuestras ventanas, pero la sangre de Cristo nos dará una nueva atmósfera.

Tierra, aire y agua son elementos que componen nuestro planeta. Todos están contaminados por el pecado. La vasija de barro que contenía la sangre sostenida sobre el agua corriente tipificaba el tiempo en que la tierra, el aire y el agua serían liberados de la maldición del pecado por la sangre de Cristo. La madera de cedro y el hisopo representaban los dos extremos de la vegetación, desde el gigante del bosque hasta el hisopo de la pared. Fueron mojados en la sangre, enseñando así a Israel que la sangre de Cristo libraría al mundo vegetal entero de la maldición, y de nuevo vestiría la tierra con la belleza del Edén.

Podría parecer al hombre que la maldición estaba tan profundamente marcada sobre la tierra, el aire y el mar que nunca podría ser removida; pero el pequeño trozo de lana escarlata, mojado en la sangre con el ave viva, el cedro y el hisopo, era una promesa de que la sangre de Cristo removería las marcas más profundas de la tierra maldita por el pecado.

Tenemos el sacrificio real para estudiar, así como la sombra. El tipo se encontró con el antitipo. La sangre de Cristo ha sido derramada; el precio ha sido pagado para restaurar la pureza de la tierra, el aire y el mar. La tierra maldita por el pecado recibió la sangre de Cristo mientras Él oraba en el huerto. *De sus manos y pies la sangre caía gota a gota sobre la roca perforada para el pie de la cruz.* Así, a través del aire pasó la preciosa sangre. De la herida en su costado *fluyeron dos corrientes copiosas y distintas, una de sangre y la otra de agua.* La sangre de Cristo entró en contacto con la tierra, el aire y el agua. Los dos extremos de la vegetación también se encontraron en el Calvario. La cruz fue hecha de madera tomada de los árboles del bosque; «y empaparon una esponja en vinagre, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca» (Juan 19:29).

¿Hubo un antitipo de la escarlata mientras su sangre goteaba de aquellas crueles heridas? —Sí. En Jesús, mientras colgaba de la cruz, magullado, burlado y sangrando, el ladrón vio al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. La esperanza se encendió en su alma, y se arrojó sobre un Salvador moribundo. Con plena fe en que Cristo poseería el reino, clamó: «Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (Lucas 23:42). En un tono suave y melodioso, lleno de amor,

la respuesta fue dada rápidamente: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43). Al pronunciarse estas palabras, la oscuridad alrededor de la cruz fue traspasada por una luz viviente. El ladrón sintió la paz y el gozo de los pecados perdonados. Cristo fue glorificado. Mientras todos pensaban que lo veían conquistado, Él era el conquistador. No pudieron despojarlo de su poder para perdonar pecados.

El tipo se ha encontrado plenamente con el antitipo; el precio ha sido pagado; la sangre del Redentor del mundo ha sido derramada sobre la tierra. Ha goteado por el aire desde la cruel cruz. Ha fluido con agua de la herida de la cruel lanza. Los extremos de la vegetación también entraron en contacto con ella, y aquel cuyos pecados eran como la escarlata experimentó la paz de que fueran hechos blancos como la nieve por la preciosa sangre, incluso mientras esta fluía de las heridas abiertas.

Las diversas fiestas a lo largo del año tipificaban diferentes fases del evangelio. La Pascua era un tipo de Cristo en un sentido especial. Cristo es nuestra Pascua. Las primicias ofrecidas el tercer día después de que el cordero pascual fuera sacrificado, enseñaban la resurrección de Cristo. El tipo se encontró con el antitipo, y se cumplió cuando Cristo, las primicias de los que durmieron, resucitó al tercer día y se presentó ante el Padre.

A lo largo de los variados servicios del año, todo apuntaba hacia el Cordero de Dios, a la vez que enseñaba la lección de limpiar el cuerpo y mantener puro el templo para el Espíritu de Dios.

En otoño, el décimo día del séptimo mes, llegaba el servicio culminante del año. Todos los demás servicios eran una preparación para este. Día tras día los pecados del pueblo habían sido transferidos en tipo y sombra al sacerdote y al santuario, y una vez al año estos debían ser limpiados, y los pecados removidos para siempre.

Gabriel reveló a Daniel el antitipo del tiempo de la purificación del santuario terrenal: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será

purificado» (Daniel 8:14). Este período de purificación, hemos encontrado en el estudio del capítulo noveno de Daniel, comenzó en 1844. La cubierta del arca en el santuario celestial fue entonces levantada, y la ley de Dios fue vista por el pueblo, no rota, sino íntegra. En medio de la ley trazaron las palabras: «Mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna» (Éxodo 20:10). Despertaron al hecho de que habían estado descansando el primer día de la semana en lugar del séptimo. Mientras contemplaban la ley, un halo de luz pareció rodear el cuarto mandamiento, el cual durante tantos años había sido pisoteado. Reverentemente escucharon las palabras: «Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová» (Isaías 58:13, 14).

Reflexionaron sobre sus caminos, y se apresuraron, y no tardaron en guardar los mandamientos. El período del juicio investigador se abrió en 1844, cuando cada carácter debía ser medido por el estándar de la ley de Dios. A medida que la obra se abría en el cielo, era la voluntad de Dios que en la tierra su pueblo probara sus vidas por la ley de Dios, y entrara en armonía con sus santos preceptos. El día de expiación fue el tipo del juicio. Este era el día más solemne del año para el antiguo Israel.

Cuando el sol doraba las colinas occidentales de la tierra de Judea, el noveno día del séptimo mes, la trompeta sonaba por todo Israel. La solemne advertencia de la trompeta producía un efecto notable en cada hogar. Todo trabajo era dejado a un lado, y reinaba la quietud. No era el descanso ordinario del Sábado semanal, pues no se preparaba ninguna cena. No había la acostumbrada cocción y ebullición usuales en la preparación para el Sábado. No se preparaba comida, pues este no era un día de fiesta, sino de ayuno. El padre de la casa reunía a su familia a su alrededor y leía del Rollo Sagrado: «Ningún trabajo haréis; estatuto perpetuo es por vuestras generaciones en todas vuestras habitaciones. Día de reposo será a vosotros, y afligiréis vuestras almas» (Levítico 23:31-32). Con

oración, ayuno y profunda búsqueda de corazón, el día era pasado por el Israel de Dios. Con solemne reverencia repetían: «Porque toda persona que no se afligiere en este mismo día, será cortada de su pueblo» (Levítico 23:29).

En los hogares gentiles de alrededor había comida y bebida y todas las actividades ajetreídas de la vida diaria, pero la quietud reinaba en los hogares de Israel. En el atrio del templo todo era actividad. Se traía el becerro sin defecto, y el sumo sacerdote ponía sus manos sobre su cabeza, confesando sus pecados y los pecados de su casa. Luego era sacrificado, y con la sangre hacía expiación por sí mismo y por su casa, para que pudiera estar preparado para realizar el solemne servicio del día.

Cuando salió, después de presentar la sangre del becerro ante el Señor, se trajeron dos machos cabríos, se echaron suertes, y uno fue escogido para el macho cabrío del Señor, mientras que el otro, Azazel, el chivo expiatorio, representaba al maligno. El macho cabrío del Señor fue sacrificado. Con su sangre y el incensario de oro, el sacerdote entró dentro del segundo velo del santuario. Al acercarse al propiciatorio con la gloriosa luz de la Shekiná brillando sobre él, roció «mucho incienso» sobre las brasas del incensario, «para que la nube del incienso cubra el propiciatorio que está sobre el testimonio, y así no muera» (Levítico 16:13). Luego, de espaldas al sol naciente, roció la sangre expiatoria siete veces sobre y delante de esa ley quebrantada dentro del arca. Hizo una pausa en el Lugar Santo e hizo expiación por él, y por el tabernáculo de reunión. El altar de oro, que tan a menudo durante el año había dado testimonio de los pecados de Israel por las manchas escarlatas en sus cuernos, fue ahora limpiado de toda contaminación por la sangre del macho cabrío del Señor. El pueblo de fuera escuchaba atentamente el sonido de las campanillas de sus vestiduras, mientras él se movía dentro del santuario.

«Cuando haya acabado de hacer la reconciliación del santuario, del tabernáculo de reunión y del altar, hará traer el macho cabrío vivo» (Levítico 16:20). Terminada la obra de reconciliación, Dios y el hombre eran uno. La reconciliación había sido hecha en figura. Los pecados que separaban habían sido

removidos. El pueblo se regocijó en Dios porque Él los había aceptado, y porque todos sus pecados habían sido quitados de delante del Señor.

Mientras veían al sumo sacerdote poner sus manos sobre la cabeza del chivo expiatorio, y confesar sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus transgresiones en todos sus pecados, poniéndolos sobre la cabeza del macho cabrío, y enviándolo «al desierto por mano de un hombre designado» (Levítico 16:21), sus corazones se llenaron de la paz que sobrepasa todo entendimiento. Alabaron a Dios por el maravilloso don de su amor al dar a su Hijo a morir por el hombre pecador, librándolo del pecado y de la muerte. No fue sino hasta que el macho cabrío fue enviado al desierto estéril que esta paz llenó los corazones del pueblo, y sintieron que estaban para siempre libres de sus pecados.

Ese fue el tipo. ¿Qué significa el antitipo para nosotros? Desde 1844 el mundo ha estado viviendo en el gran día antitípico de la expiación. El juicio investigador ha estado en sesión en el cielo. En el tipo, el pueblo debía controlar sus apetitos y considerar sus intereses comerciales secundarios a la adoración de Dios. Esto se mostró en el día de expiación del tipo, que era un día de descanso y ayuno.

Vivimos en el tiempo en que nuestro gran Sumo Sacerdote está limpiando el santuario celestial, removiendo los registros del pecado. Se nos amonesta a arrepentirnos y convertirnos, para que nuestros pecados sean borrados «cuando vengan tiempos de refrigerio de la presencia del Señor» (Hechos 3:19). Cuando la reconciliación sea completada, y el último caso sea decidido en el juicio final del cielo, el Salvador pronunciará el decreto: «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía» (Apocalipsis 22:11). Cada caso será decidido para la eternidad. Satanás, el gran instigador de todo mal, el chivo expiatorio antitípico, entonces entrará en su parte del servicio.

En el tipo, los pecados eran puestos sobre el chivo expiatorio en presencia de la congregación; en el antitipo, el Salvador, en presencia del Padre, los ángeles de Dios y toda la hueste redimida, pondrá los pecados de los justos sobre la cabeza

de Satanás, y un ángel poderoso lo llevará a la tierra desolada, donde permanecerá mil años. Al final de los mil años, irá al fuego que destruye la tierra. El tipo se encontrará plenamente con el antitipo cuando todos los pecados de los justos sean quemados con Satanás, y no quede nada más que las cenizas en un «lugar limpio». Se verá entonces que *Satanás cargó no solo con el peso y el castigo de sus propios pecados, sino también con los pecados de la hueste redimida, que habían sido puestos sobre él; y también debe sufrir por la ruina de las almas que ha causado.*

Los pecados de Israel nunca más serán hallados. Las cosas pasadas no serán recordadas ni vendrán a la memoria. Por toda la eternidad, la alegría y la paz reinarán para siempre. El profeta dice: «No se levantará la aflicción dos veces» (Nahúm 1:9).

El tipo debe encontrarse con el antitipo. El gran Sumo Sacerdote en el cielo está ahora realizando su servicio. ¿Estás cumpliendo tu parte? En hogares dispersos por toda la tierra, fieles hijos de Dios llevarán a cabo el antitipo de la manera en que Dios dirigió a los israelitas a pasar el día típico de la expiación.

El sacerdote pudo haber realizado su parte del servicio perfectamente en el templo; pero a menos que el pueblo en sus hogares ayunara, descansara y orara, la obra no les servía de nada. Todo israelita que comiera y se comportara como los gentiles a su alrededor en el día de expiación era cortado de entre el pueblo de Dios.

¿Es tu hogar un lugar donde se controla el apetito? ¿Consideras tus intereses comerciales secundarios a la obra de Dios? ¿Estás prestando atención a las palabras del Salvador: «Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería [comer en exceso] y embriaguez [participar de alimentos inapropiados], y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día» (Lucas 21:34)? Habrá ciento cuarenta y cuatro mil que atenderán la advertencia, y en el temor de Dios cumplirán el antitipo.

Mientras Cristo en el cielo intercede fielmente por ellos, presentarán sus cuerpos en sacrificio vivo, santo, aceptable a Dios, para que Dios sea glorificado.